

Conciencia antiimperialista en las redes académicas del Cono Sur durante la llamada “Guerra Fría cultural”

ANTI-IMPERIALIST AWARENESS IN THE ACADEMIC NETWORKS OF THE SOUTHERN CONE DURING THE SO-CALLED “CULTURAL COLD WAR”

Universidad, revolución y dólares: Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta

Vania Markarián

Montevideo, Debate, 2020, 289 páginas

Vania Markarián es una destacada académica que ha concentrado su labor de investigación en las problemáticas vinculadas al pasado reciente en el Uruguay. Sus publicaciones, dedicadas a temas como el exilio, la izquierda y el protagonismo histórico de los estudiantes, han sido interesantes y valiosos aportes en esa línea. Actualmente, Markarián se desempeña en el Archivo General de la de la Universidad de la República (UdelaR).

Universidad, revolución y dólares es una obra articulada en dos grandes capítulos que nos presenta el trasfondo común vinculado a las estrategias de intervención de Estados Unidos en las esferas universitarias y culturales. Estas actividades fueron efectuadas mediante aportes financieros a diversas iniciativas en apariencia altruistas y políticamente inocuas, con la intención de ejercer influencia política durante los largos años sesenta, período marcado por el fortalecimiento de la conciencia antiimperialista en nuestra región.

Para lo anterior, el gobierno de Washington despliega diversas iniciativas a través de organismos como la Organización de los Estados Americanos (OEA), la Agency for International Development (AID) y la propia Alianza para el Progreso (AFP). Esto, en el marco de aquello que la autora denomina como “procesos de modernización académica”, que buscaban, en lo fundamental, actualizar el rol social de las universidades, así como contribuir a la tarea de la transformación socioeconómica en sus respectivos contextos.

Vania Markarián propone que la aguda politización surgida sobre estos temas y el creciente fervor antiimperialista de importantes sectores estudiantiles fueron elementos coadyuvantes en la institucionalización disciplinar y en los proyectos de reforma universitaria. Del mismo modo, el proceso de convergencia en torno a tales problemáticas por parte de distintas generaciones de militantes contribuyó a cimentar el proceso de unificación que dio origen al Frente Amplio en 1971.

En este sentido, si bien la reconstrucción historiográfica elaborada por la autora en su investigación concentra sus énfasis en el contexto nacional uruguayo, no pierde de vista que la temática posee una dimensión transnacional. Esta dimensión surge tanto del carácter hemisférico de la política norteamericana, como de la configuración de redes académicas nacidas de la cooperación a través de organismos como FLACSO y la forzada emigración de intelectuales como Darcy Ribeiro, que dejaron una profunda huella en la UdelaR.

El primer capítulo, “Sobre el lugar de las ciencias básicas en la Facultad de Ingeniería”, se enfoca en la controversia surgida en 1965 tras la inauguración de las actividades del Programa Interamericano para Mejorar la Enseñanza de las Ciencias (PIMEC). Esta iniciativa, financiada por la OEA, despertó las críticas de los alumnos nucleados en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), las que escalaron hasta el Consejo Directivo Central (CDC). Allí tuvo lugar un acalorado debate, atizado por la atmósfera antiimperialista generada a causa de la expulsión de Cuba de la OEA (1962) y de la invasión de EE. UU. a República Dominicana (1965). En dicha instancia, líderes estudiantiles como Rodrigo Arocena, Rafael Guarga y Mario Wschebor conformaron una alianza con un sector minoritario del claustro: los “ingenieros reformistas” encabezados por Óscar Maggiolo, de gran prestigio en el ámbito académico.

Lo interesante es observar las consecuencias generadas a partir de esta polémica, que trascendieron lo coyuntural y avanzaron hacia asuntos claramente más de fondo. Se tocaron temas como “las características que debía tener la investigación universitaria y su relación con el sistema productivo y el desarrollo nacional” (34), o la definición de criterios para aceptar la cooperación extranjera y la obtención de recursos en función de sus propias definiciones.

En un ambiente a nivel nacional caracterizado por una creciente polarización político-social, restricciones presupuestarias y limitaciones al ejercicio de las libertades públicas, asume Maggiolo como rector de la UdelaR. Él lideraría un vasto plan de transformación tributario en que la universidad pudiera trascender su orientación profesionalista, reestructurando sus facultades y fortaleciendo el cultivo de la ciencia. Se crea así un Centro de Estudios Latinoamericanos para abordar las problemáticas de la región, el que, no obstante, solo recibió un financiamiento público parcial para su concreción.

En tal sentido, resultó fundamental el aporte que realizó Darcy Ribeiro a través del mítico Seminario de Estructuras Universitarias (1967). Este seminario pudo difundir, entre su heterogéneo grupo de participantes, la conciencia sobre la necesidad de reformar estructuralmente la educación superior, fortaleciendo sus potencialidades en la generación de conocimiento y en la promoción del cambio social.

Como telón de fondo, la Embajada de EE. UU. desplegaba sus redes para fortalecer sus vínculos tanto con sectores conservadores del mundo académico como con el ala moderada de la FEUU. No obstante, la participación de los estudiantes resulta un factor clave para comprender la dinámica existente en la universidad y el protagonismo desempeñado por estos en las instancias de cogobierno universitario, una herencia de la Reforma de 1918 que, cincuenta años después, encontró en el Plan Maggiolo (1967) una oportunidad de reactualización.

El segundo capítulo de la obra se titula “Un fantasma recorre las ciencias sociales. Sobre la dudosa ventaja de recibir fondos extranjeros y la palpable realidad de su modernización tardía”. En él se aborda una dimensión más estructural de problema: las diversas iniciativas y controversias acaecidas a raíz de la celebración en 1965 del seminario sobre “Élites Latinoamericanas”, promovido por Seymour Martin Lipset y el sociólogo Aldo Solari, con el apoyo del cuestionado Congreso por la

Libertad de la Cultura (CLC), organización anticomunista fundada en Berlín en 1950 y que fuera agente activo en la campaña en contra de la concesión del Premio Nobel a Pablo Neruda (142).

Si bien esta actividad no despertó mayores suspicacias, fue Carlos Real de Azúa quien, a través del semanario *Marcha*, denunció el papel del CLC y el “imperialismo en su faz cultural” (148) financiando iniciativas de esta naturaleza. Este asunto involucró a la UdelaR, situándola nuevamente en la problemática sobre la dependencia de los recursos externos para materializar iniciativas académicas y dando lugar a ásperas querellas entre la intelectualidad de la época, destacándose en ellas las figuras de Ángel Rama y Arturo Ardao.

Lo anterior adquiere mayor envergadura al desenmascarse a través de la prensa el “Proyecto Camelot”, una investigación desarrollada por el Ejército de los EE. UU., a través de la American University, confiada al sociólogo Rex Hopper y que se desarrollaría en Chile. Su intención era evaluar las causas de las revueltas sociales, recomendando medidas de contención a los gobiernos para que evitasen ser derrocados. Esta situación encendió las alarmas en el circuito de las ciencias sociales del Cono Sur, por lo que se generó una activa colaboración para denunciar e impedir su materialización. Por ejemplo, se difundió la invitación a participar que recibiera Johan Galtung, indicando su financiamiento proveniente del Departamento de Defensa de los EE. UU.

En una etapa de maduración del pensamiento latinoamericano, de profesionalización de las ciencias sociales y de surgimiento y difusión de interpretaciones críticas sobre el subdesarrollo latinoamericano, los circuitos universitarios fueron objeto de una solapada intervención. Mediante la amable fórmula de la cooperación, allegarán recursos a fin de fortalecer corrientes “moderadas” e imponer su visión modernizadora en un contexto regional adverso al imperialismo, donde los procesos insurreccionales ya formaban parte de su horizonte.

La publicación de la obra *El tercerismo en Uruguay* de Aldo Solari, editado por Alfa –editorial dirigida por Benito Milla, representante del CLC en Montevideo– en 1965 es objeto de una acuciosa investigación documental por parte de Markarián, para explicar el estigma que recayó sobre ciertos sociólogos como potenciales espías y que restaba valor científico a sus investigaciones. En cambio, para Solari los universitarios debían ser receptivos a las ayudas, comprometiéndose con la indepen-

dencia de sus conclusiones. Esta discusión, como podemos entender, fue tributaria del debate sobre la modernización de la sociología.

“Final y fugas” es el nombre del acápite que concluye la obra. En él se profundiza en el concepto establecido por Naciones Unidas de “transferencia inversa de tecnología”. En América Latina, este refiere el proceso de emigración calificada hacia países desarrollados y que, en el caso de Uruguay, se constituyó como uno de los principales obstáculos para consolidar un sistema de ciencia y tecnología.

La irrupción del proceso dictatorial en junio de 1973 significó la aceleración de este fenómeno migratorio por parte de los investigadores. Esto se ejemplifica a través de las trayectorias vitales de quienes fueron los protagonistas de la vida universitaria e intelectual, de sus grandes proyectos y de las agudas polémicas que protagonizaron. En ese sentido, el exilio desperdigó a toda una generación de académicos uruguayos, entre los que se cuentan Óscar Maggiolo, Carlos Quijano, Carlos Real de Azúa, Ángel Rama y Aldo Solari.

Universidad, revolución y dólares nos presenta una variedad de herramientas conceptuales y de investigación, aplicadas a un tema con una multiplicidad de aristas, las que requieren, para su abordaje, de múltiples perspectivas disciplinarias. La investigación de Vania Markarián conjuga en su análisis enfoques de la historia cultural y política, así como elementos propios de la historia intelectual para comprender problemáticas del pasado reciente. Esta versatilidad, acompañada de la capacidad heurística de su autora, nos aporta una operación historiográfica valiosa, por la forma en que devela el pasado y por las estrategias epistémicas utilizadas.

MARIO VEGA HENRÍQUEZ

Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos

Universidad de Chile

<http://orcid.org/0000-0002-9745-0926>

mvegahen@gmail.com